

EL BARCO
DE VAPOR

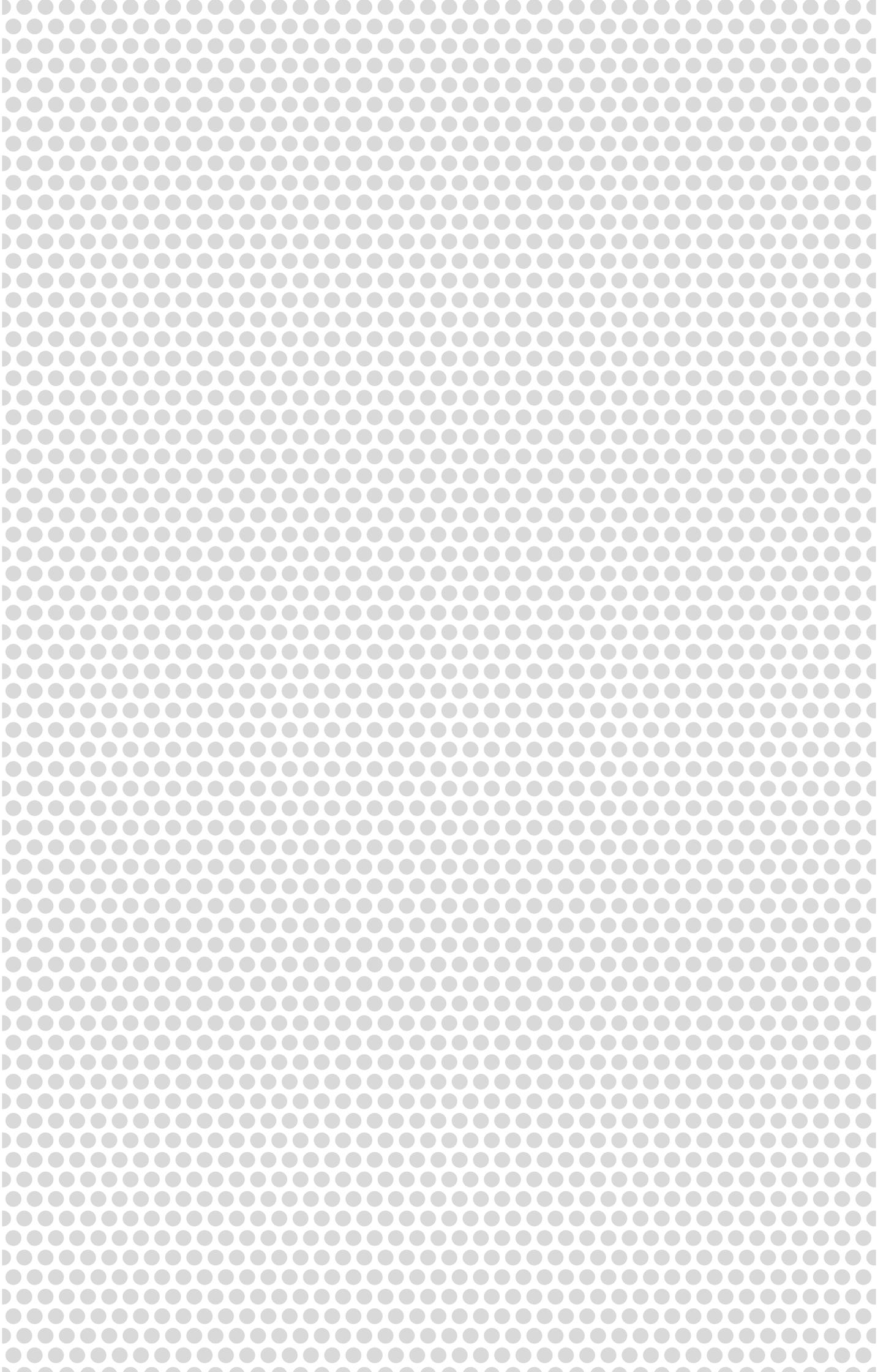
La cazadora de Indiana Jones

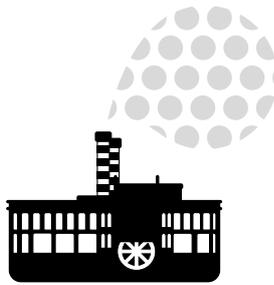
Asun Balzola

Ilustraciones
de Kike Ibáñez



sm





EL BARCO
DE VAPOR

La cazadora de Indiana Jones

Asun Balzola

Ilustraciones de Kike Ibáñez



Primera edición: julio de 1989

Cuadragésima quinta edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Carolina Pérez

Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Asun Balzola, 1987

© de las ilustraciones: Kike Ibáñez, 2016

© Ediciones SM, 2016

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8930-6

Depósito legal: M-8999-2016

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Andrea Ruiz Balzola
y para Cati Balzola,
porque las dos
me recuerdan a Christie.*

● 1

LA CAZADORA

EL DÍA QUE FUI AL COLEGIO con la cazadora de mi hermano Jaime, se armó una buena. Yo ya lo sabía. Lo sabía desde que mi madre me miró pensativa, prenda en mano. Entonces comprendí que la maldita cazadora pasaba a mí y que yo iba a ser el hazmerreír de mi clase. Sentí eso que ponen en las novelas de que el destino es inexorable. Y mi madre también es inexorable.

–Pero, mamá, ¡que estoy horrible! –había dicho yo, una vez puesta la cazadora, que me quedaba larga y ancha.

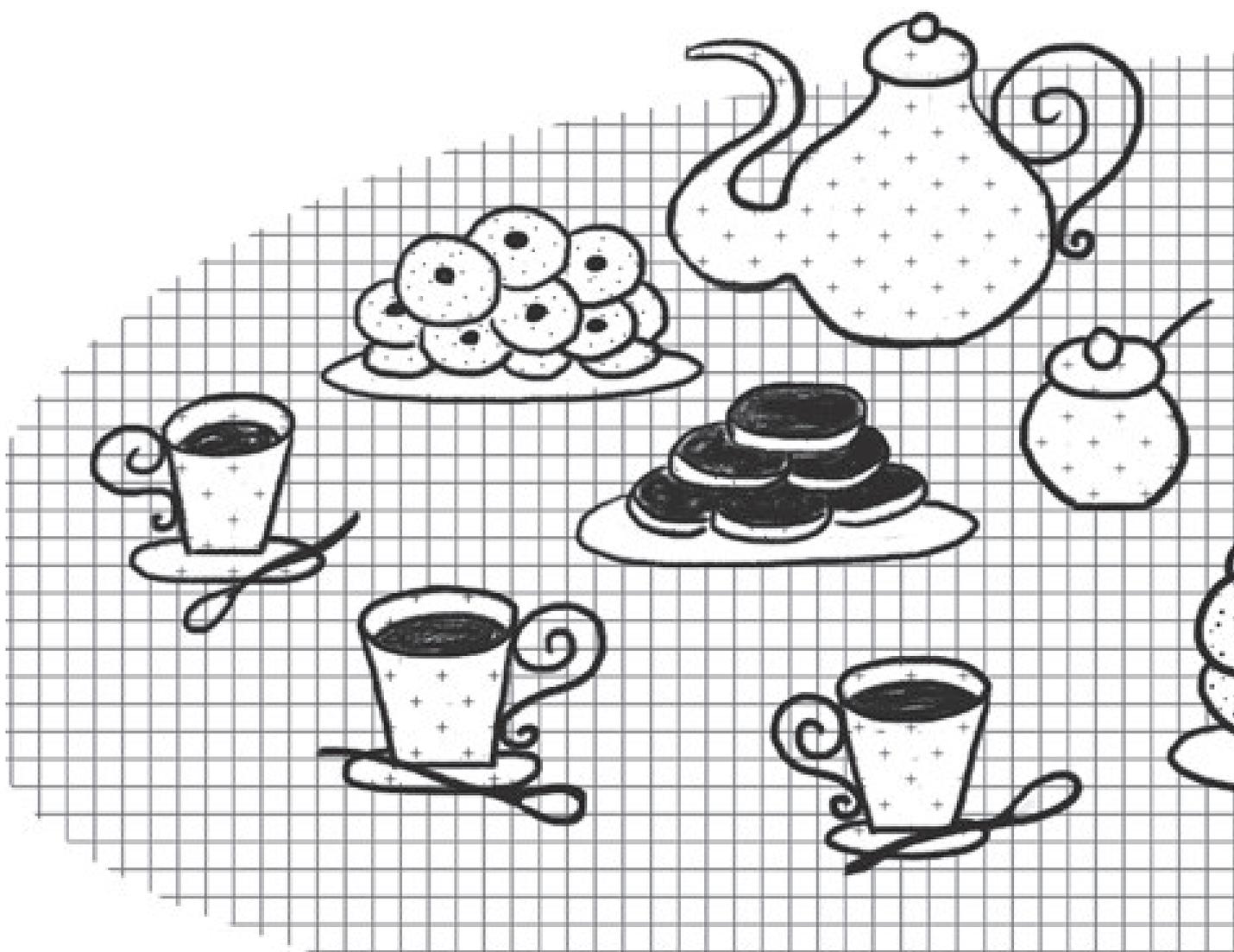
–¡Qué va! ¡Estás muy bien! ¡Tiene estilo! –mi madre, tan contenta.

Y es que mamá tiene unas ideas muy particulares sobre la elegancia. La idea fundamental es que lo que digan los demás no tiene la menor importancia; pero, claro, ella no va a mi colegio. Además, no está gorda como yo; todo le cae bien. Y es inglesa, y a los extranjeros de verdad se les permite todo, o casi.

Una de las desventajas de ser la pequeña de los hermanos es esta precisamente: estoy siempre heredando cosas. Generalmente me pasan la ropa de mi hermana Susana; aunque, por lo visto, ahora van a empezar a vestirme de señor...

Un día empecé a protestar, pero me salió mal. Estábamos en la sala, tomando el té, porque como somos medio ingleses tenemos esa manía y mi madre pone la mesa con las tacitas chinas de porcelana. Y entonces yo empecé a hablar de vestidos y de herencias.

—Es que tú, mamá, a lo mejor no te das cuenta, porque eres inglesa y tal; pero a mí me parece que yo siempre resulto distinta de los demás. Cuando era

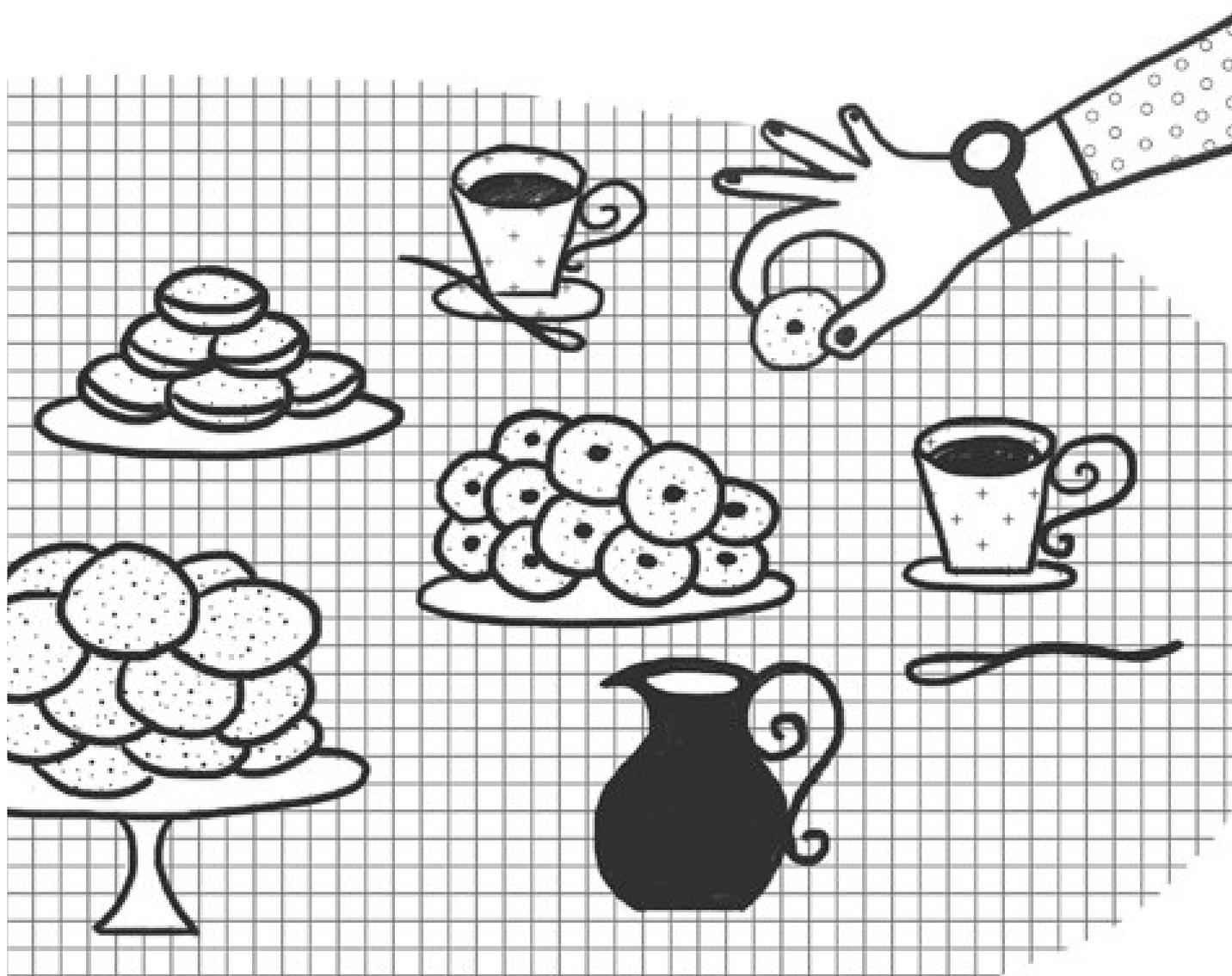


más pequeña, recuerdo que todas las niñas, mamá, llevaban trenzas y yo tenía que apechugar con un abrigo de Suzy, horroroso. Y ahora, lo mismo. Que todas las chicas tienen camisas vaqueras y yo, nada, jersey heredado...

–Pero, Christie, ¿crees de verdad que es tan importante llevar lo que llevan los demás? ¿Lo que lleva todo el mundo?

–Si no es solo eso... Es que yo quiero algo mío, solo mío. Y elegirlo yo. Y, además, las camisas vaqueras son preciosas...

Me había puesto tan nerviosa, como siempre que quiero defender una idea por tonta o absurda que sea, que me atraganté.



Mi hermano el mayor, Pedro, que tiene veinte años, llevaba un rato diciendo: «Que se dispara, que se dispara...». Y yo, bestia de mí, no me di cuenta de que era una advertencia, hasta que al atragantarme me tuve que callar. Entonces mamá se levantó y salió de la habitación.

–Chica, es que eres de burra... –dijo Jaime.

–¿Pero por qué? ¿Qué he dicho?

Se miraban entre ellos, mis hermanos Pedro, Jaime y Suzy. Muy serios.

–¡Con todo lo mayor que eres, todavía no te enteras de que mamá no tiene un duro...! ¡Por lo menos, un duro de sobra!

–Pero..., pero... ¡si vamos a esquiar!

–¿Qué prefieres: ir a esquiar o tener la maldita camisa de marras? A eso se le llama orden de prioridades, lela, más que lela. Si lo que prefieres es ir a la moda, las próximas Navidades te quedas en casa con la camisa puesta y nosotros te mandamos una postalita de la nieve –dijo Pedro, que es la mar de irónico.

–¿Es que no te das cuenta de que, desde que murió papá, mamá se las ve y se las desea para sacarnos adelante?

Suzy me lleva dos años y es casi peor que Pedro. Dice las cosas de una manera que se corta el aire y, encima, es todo lo que yo no soy: educada, responsable, delgada, etcétera.

Me empecé a sentir mal. Fatal. Me estaba poniendo como un tomate. Iba a llorar de un momento a otro. Entonces Jaime, que siempre me saca de apuros, dijo:

–¡Christie y yo nos vamos a dar una vuelta! ¡Vosotros, recuperad a mamá!

Salimos a la calle. Llovía a mares porque aquí siempre está lloviendo y todo está mojado y húmedo.

Jaime me agarraba muy fuerte del brazo. Lo bueno de la lluvia es que, si lloras, no se nota.

–¡Venga, nena! ¡No te pongas murriosa! ¡Ahora mismo compramos unos pasteles para la merienda!

Cuando volvimos, gracias al cielo, mamá estaba normal y yo me sentí mejor.

Y sé que es horrible que mamá esté sola y tener muy poco dinero y todo eso, pero, de todos modos, el día que tuve que ir al cole con la cazadora de Jaime, lo pasé de pena.

Suzy y yo vamos al Colegio Inglés. A mí me parece un colegio majo; los otros son así medio cursis. Vamos, pijos. En mi colegio también hay algún pijo que otro, pero menos. Claro, que todo tiene un límite: hasta en un colegio que no es pijo el llevar una cazadora tres tallas mayor suscita escándalo.

El día de la cazadora no pude protestar mucho porque me acordaba de la discusión de la camisa vaquera y de lo tristes que nos habíamos puesto todos, así que me fui con Suzy arrastrándome escaleras abajo.

Hacía mucho frío. La cosa no tenía remedio: imposible circular sin cazadora. Además, Suzy se hubiera chivado. ¡Seguro!

–¡Venga, Christie! ¡No pongas esa cara, mujer!

–¡Si es que estoy de pena!

–No le des tanta importancia. Pasado mañana a todo el mundo se le habrá olvidado...

–¡Ya! ¡Cómo se nota que no la llevas tú, maja!

¡Es que es la monda, la tía! ¡Siempre está por encima de todo, la pelmaza esa!

Suzy se ofendió tanto que no volvió a abrir la boca en todo el camino.

Llegué a clase mirándome a los pies, intentando confundirme con el ambiente. Deseé en vano ser invisible, «tierra trágame», etc. Pero antes de poderme quitar la cazadora y dejarla en los colgadores del pasillo que queda frente a nuestra puerta, se oyó la voz estentórea de Eric:

–¡Mirad a Garayo vestida de emigrante!

Y todos los demás, naturalmente, coreando la gracia como becerros: «¡Ji, ji, ja, ja!».

–¡Que ya se ha acabado la guerra!

–¡Refugiada!

–¡Pobretona, más que pobretona! –remachó algún original.

Hasta mis amigas se reían. Todas menos Vanessa; aunque, como Vanessa es todavía más pobre que yo, no tenía mucho mérito. De la rabia me estaban



doliendo hasta las tripas y no tuve más remedio que salir por donde salí. Creo que, si no, les hubiera roto la cara.

–¿Ah, sí? ¿Os parece de pobre? Se ve que no entendéis de cazadoras...

–¿Y eso?

–Pues mira... ¡Esta cazadora tiene historia, guapo! ¡Que no es lo mismo que puedes decir tú de la tuya!

Eric se puso pálido porque su cazadora forrada de borrego es la envidia de todo el mundo. Por algo es el chico más rico del colegio.

En ese momento llegó míster Grant, director del cole y además nuestro profesor de literatura inglesa.

Nos sentamos precipitadamente en nuestros sitios y yo tuve tres cuartos de hora exactos para inventar la historia de mi cazadora, mientras Grant nos recitaba esa balada tan preciosa del novio que abre la tumba de su novia y llora mientras la besa.

Sonó la campana, se fue Grant y todos me rodearon bocadillo en mano, porque era recreo. Para entonces yo ya estaba lanzada.

–Resulta que, como sabréis, tengo un tío pelotari, que juega en Estados Unidos.

–¿Y qué tiene que ver tu tío?

–¿Me dejas que lo explique o me callo?

–Que lo explique, que lo explique –decían los demás, intrigados.

Yo ponía cara de estar por encima de ellos, cosa que me sale muy bien. Es una cara que ensayo mucho delante del espejo.

–Pues eso, que mi tío vive en Miami y viaja muchísimo y nos trae regalos cuando viene por aquí. Entonces, resulta que pasó por Hollywood y le llevaron a un sitio muy especial que hay, donde venden las ropas de los actores de cine. Y esta cazadora, ahí donde la ves, es la que llevaba Harrison Ford en la película de... ¡Indiana Jones!

Todos se tiraron sobre la cazadora, mientras yo ponía cara de falsa modestia (me sale peor que la otra, pero bueno...).

O sea, que pasé una mañana de gloria. Todos se querían poner la cazadora.

Terminé por alquilarla. Bastante cara, además. ¡Por idiotas!

Cuando salimos de clase, todo el colegio hablaba de mí, de la cazadora y de Indiana Jones.

Mi hermana me esperaba para volver a casa. ¡Se traía un cabreo...! ¡Todo el colegio la había bombardeado a preguntas!

–Y tú, ¿qué has dicho?

–Que es cosa tuya. Que yo no sabía nada.

Típico de Suzy. La condenada no se pringa.

